

LA MONEDA DE HIERRO

Jorge Luis Borges

EMECE, Buenos Aires, 1983

LA POESÍA ETERNA DE BORGES

Releer un libro de Jorge Luis Borges, el argentino, resulta siempre una aventura de difícil clasificación dentro del mundo de las sensaciones o del placer intelectual. Porque, de un lado, deviene inmutabilidad casi ontológica, como el uno y lo mismo que dejó paradigmáticamente plasmado Parménides. Y de otro, significa el cambio inextinguible del río que Heráclito descubrió una mañana de azul versatibilidad conmovida. Pudiera suceder que la relectura sólo fuera un espejismo y los diversos libros sucesivamente llegados a nuestras manos, fueran el mismo, revestido de ropaje diferente y con imágenes biseladas capaces de afrontar el porvenir.

Tal el caso de *La moneda de hierro*, cuyo título produce remembranzas de hazañas guerreras en los países del norte, donde la luz natural no existe y los velos de la niebla deben ser rasgados por el batir del oro en las fraguas del Rhin o por el romper de las tremendas olas en los acantilados, si no es la feroz mirada de un viejo guerrero invencible que deja caer su espada sobre la roca del sacrificio.

Y sin embargo, abiertas las páginas del hermoso libro, se revela sin descanso la rugiente lucha del cerebro en denodado esfuerzo consigo mismo, lo que plantea el viejísimo tema en torno a lo numérico que pueda comportar la poesía, convencidos en todo caso que cada palabra de Borges es un teorema euclidiano sin remedio, o la profunda

sensación de un órfido misterio imposible de desvelar, como no sea en los cuévanos ocultos del corazón donde reside la Sibila. Abrir el libro por la primera página y leer el simplicísimo poema autobiográfico nos adelanta la idea de la razón y el mito como ingredientes insoslayables de su poesía, que ilumina su rostro en el ocaso y significa el fuego y el cristal del otoño a través de la perdurable sombra.

Después vendrán los impresionantes sonetos, las silvas medidas y modernas, el verso libre que no lo es tanto y responde a la rigidez técnica más depurada sin que se note su presencia bajo las fulgurantes alas de la imaginación, los poemas de la amistad que comienza y no se acaba, la memoria de los siglos pasados que son los del porvenir más celado y clarividente, el recuerdo de los filósofos que han sido los creadores de mundos preñados de vitalidad y ensueño, México, el Perú, Islandia y East Lansing con la llave de la pesadilla, Brahms, Melville y las curiosas paráfrasis rítmicas en cuartetos y serventesio del Génesis, Mateo y el soldado de Oribe. Está todo y cada vez la niebla se adensa para ofrecer la luz misteriosa que sólo de los adentros personales podrá brotar, antes que lleguen los descomunales endecasílabos de *La clepsidra* o el soneto de aurífice plasmado en *Baruch Spinoza*, donde mientras el libro autógrafa aguarda cargado de infinito, «alguien consuetra a Dios en la penumbra». Para cerrar todo el proceso, es decir, su decisiva visión del mundo entre los presocráticos y el infinito que un día llegará, con los épicos alejandrinos de *La moneda de hierro*, poema último y definitivo. Poema que se mueve con el

triángulo Adán, Dios y el Paraíso, para colocar en su centro geográfico al hombre, a este hombre llamado Borges o cualquiera de los que podemos leer sus versos algún día. Comienza con la interrogante agustiniana, casi termina con el inquietante «Dios es el inasible centro de la sortija» y acaba con la dimensión existencial sufriente y metafísica de cualquier nombre: «En la sombra del otro buscamos nuestra sombra, / En el cristal del otro, nuestro cristal recíproco».

La poesía de Borges es sensorial, imaginativa, llena de sorprendente y difícil carga de pensamiento, conturbadora en ocasiones, preocupante siempre, medida y ajustada como las obras de orfebres expertísimos, envuelta por una «fermosa cobertura», que diría Santillana, no asequible a los iniciados, pero en la que cualquiera puede hallar un nivel de comunicación que vaya bien a sus exigencias. Moderna donde las haya, se mueve siempre dentro de un complejo mundo en que el «espejo mágico» necesita jugar su turno con permanente atención y cuidado. Lo cierto es que, como dirá él mismo a otros propósitos, en ese laberinto puro está tu reflejo.

Quedémonos con este final, que bien pudiera ser el principio, antes de intentar la intelectual y sensible aventura de leerlo. La idea de Laberinto es la que mejor conviene a su poesía, en su pureza podemos encontrar nuestro reflejo. Y aunque Heráclito no tiene ayer ni ahora y sea un mero artificio que ha soñado un hombre gris, comprobaremos que «no de agua, de miel, será la última gota de la clepsidra, cuando llegue el instante en que el sueño nos digrega».

Victorino Polo García